

porque este rey, que no tiene posteridad, á quien algunos sacerdotes pueden elegir en cualquiera parte del globo, desde allí ejercerá su dominio con la misma plenitud, con la misma fuerza, que si lo ejerciese en Roma; y ningún mortal puede quebrar esa sede espiritual en que Jesucristo lo ha sentado, y que la fe misma eleva sobre todas las conciencias cristianas, y que ni un momento se ha interrumpido, desde Pedro el pescador hasta León XIII.

JOSÉ CUADRAS Y BAS, PBR.

UN OBRERO

III.

Indudablemente fué el pueblo en que yo nací, el primero entre todos los de aquella comarca que tuvo la fortuna, ó mejor dicho, que sufrió la desgracia de tener un café.

En el primer tercio de este siglo, vivía allí un labrador muy honrado, que tenía un hijo que era muy haragan.

Tocóle á éste la suerte de soldado y aquél no formó grande empeño por redimirlo del servicio del Rey, porque decía, que allí le enseñarían á trabajar.

Hizo su campaña de ocho años; y cuando recibió la licencia absoluta, como hubiera muerto ya su padre, se restableció en Madrid.

Aquella tierra ofrece extenso, aunque muy accidentado campo para los que desean vivir sin trabajar.

Tuvo la suerte de colocarse de *mozo* en un café, es decir, de *camarero* que dicen ahora; y á los cuatro años había ahorrado algunos cuartos.

La nostalgia del país le hizo volver á su patria, y poco después se casó.

Y como no tenía capital para vivir sin trabajar y el trabajo del campo le era odioso, continuó el que en Madrid había ejercido.

En su casa arregló dos habitaciones. Colocó en ellas unas bancas y unas mesas de madera de pino.

En una olla de barro cocía el café, que él sabía muy bien como se adulteraba; compró platos y tazas de barro del país; algunos vasos y botellas de vidrio; hizo provisión de vino y aguardiente, y cácate establecido el café.